
HOMENAJE EN LOS FUNERALES DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA

DISCURSO DEL PROFESOR JORGE E. CAVELIER

Señores:

La ceremonia dolorosa que hoy cumplimos en ambiente emocionado, en la cual participo con admiración y afecto profundos y como vocero de la Academia Nacional de Medicina, no significa que todo ha terminado. Si hoy entregamos a la tierra los despojos de Federico Lleras Acosta para que se cumplan las leyes biológicas que rigen la materia, no quiere decir este hecho que abandonemos las armas por la desaparición de una vida, iluminada por un espíritu cuyos destellos tienen que prolongarse más allá de la muerte. Por encima de las mutaciones materiales los designios de lo Alto han dotado las fuerzas del espíritu con poder suficiente para perpetuarse al través del tiempo y del espacio!

¡Los hombres de la estirpe espiritual del Profesor Lleras Acosta caminan rápidamente hacia la inmortalidad por los senderos de la conciencia ciudadana. Si la tierra es ávida de frutos maduros, esta vez la primicia ha sido generosa y eximia, porque hoy recibe en su seno—para descanso en la lucha—un insigne batallador, un capitán de las legiones del saber, al hombre que pasó los mejores lustros de su vida inclinado sobre el microscopio como símbolo vivo de una idea, persiguiendo afanoso las modalidades del germen destructor, las formas imprecisas de la desgracia y de la muerte, el sufrimiento humano en todos sus aspectos y torturas.

La vida de un hombre consagrado al estudio, que traspasó los límites de la patria en alas de un reconocimiento a su saber, no puede esbozarse en líneas de dolor, que son éstas, escritas con la angustia del que siente macerado el corazón ante la pérdida irreparable del maestro. Se ha ido, como todos los grandes, silenciosamente y en la hora precisa en que la patria tenía puestos los ojos en él. Se apagó su vida en tierras lejanas mientras iba camino hacia la meta de su triunfo. Pero si es verdad que su voz se ha extinguido, su obra es el pedestal incommovible donde se erguirá para siempre, el que hoy y mañana es

maestro de maestros, educador de juventudes, dinamismo perenne, símbolo de un pueblo y gloria imperecedera de la patria.

Más allá del sentimiento, de las palabras y de los elogios, se levanta la figura del hombre sabio, que hizo de su vida un apostolado y que en el silencio de su laboratorio vio correr los años, los días y las horas, en imperioso anhelo de ser útil a la humanidad. Luchas ignoradas, desvelos innúmeros, largas vigiliassobre los libros, constante bullir del cerebro, anhelo infinito de hallar lo buscado... Y a la hora del triunfo, estética serenidad recompensa de los espíritus selectos que no sienten el deslumbramiento de la gloria.

El alma de la patria se ha estremecido porque uno de sus hijos directos ya no alienta su vida. Quizás pocos hombres han tenido una consagración tan fervorosa como la del profesor Lleras para sentir las pulsaciones en el corazón de la patria. Aunque ajeno a la política activa —si por ello entendemos el constante lucir ante las multitudes—, el profesor Lleras vio y sintió todas las horas angustiosas de Colombia y en todo momento estuvo listo con su sabio consejo para encauzar las finalidades que él anhelaba ver llegar para el progreso de nuestra patria.

Fue siempre hombre lleno de generoso optimismo, incansable perseguidor de una obra que repercutiera en bien social, y su docta palabra guió por caminos de cordura a todos aquellos que lo escuchaban. Conocedor profundo de nuestro ambiente y de nuestras modalidades, su obra tenía como fin primordial el beneficio de todos, llegando a imprimir el sello de su propia personalidad altamente humanitaria, a todo lo que pudiera ser un reflejo de su pensamiento.

Sensitivo a los problemas de la patria, ergúíase vehemente y solícito en busca de una solución que trajera el bienestar para sus conciudadanos, sin que la influencia de un credo político, desviara su criterio y le diera tonalidades partidaristas. Sereno en el concepto, pero a la vez altivo si su conciencia le mostraba el camino invariable.

Al llegar al hombre de estudio nuestro espíritu vuela años atrás, al modesto laboratorio inicial donde el profesor Lleras comenzó su grande obra. Calladamente, venciendo todos los obstáculos para implantar el espíritu de la investigación entre nosotros, trabaja incansablemente para llevar a la conciencia de sus colegas una nueva forma científica en la lucha contra la muerte. Creador de una conciencia que pudiéramos llamar "bacteriológica", fue rompiendo las viejas murallas de innúmeros prejuicios; formó una nueva escuela de modernos principios; llevó la inquietud a la cátedra, al consultorio y al seno mismo de la sociedad. Su enorme lucha apenas sí puede concebirse para un hombre de su talla moral, de su abolengo espiritual y de su preparación científica, que no decayó ante nada y que tuvo como fruto innegable la repercusión de

todo un despertar innovador, fecundo en bienes y enaltecedor hasta el límite de la humana admiración para su creador y propulsor.

Seguir en la trayectoria de aquel camino de esperanzas y de luchas, de constantes inquietudes y no pocos obstáculos al sabio maestro, sería ahondar hasta los cimientos en la historia de nuestra moderna medicina patria. En cada triunfo de nuestros médicos se hallará la huella del maestro y cada gloria autóctona de nuestra medicina tiene entre sus hojas de laurel algo que es de la pertenencia del desaparecido.

Y así, en horas de intenso estudio, surgió en su mente una obra aún mayor que la ya realizada. Hondamente preocupado por el problema de la lepra, que lo sentía con alma nacional, encauzó toda su labor hacia la investigación del bacilo de Hansen, más con un afán humanitario en busca de salvar preciosas vidas, que con primacía de satisfacción científica. Incansablemente, robando horas a su justo descanso, por muchos años trabajó hasta llegar a la culminación de su esfuerzo, que concibió como solución a un problema de siglos y que transformara completamente la concepción anterior. Se dio al estudio de esta magna preocupación que embargaba la mente de los hombres de ciencia de todo el mundo, hasta agotar sus fuerzas pero su obra culminó en triunfo, cuyos ecos son timbre de orgullo para nuestra patria y merecida exaltación para el infatigable luchador.

Muchas almas seguían anhelosas este proceso de redención; en muchos corazones la esperanza abrió nuevos horizontes y la patria misma vibró entusiasmada ante la realidad de este esfuerzo victorioso, que mostraba una claridad hasta entonces no vislumbrada.

Pero hay algo en la obra del profesor Lleras que es preciso grabar: el hombre de estudio era ante todo una conciencia sensitiva al dolor humano. Ante el enfermo desaparecía el primer plano del investigador para dar paso al médico consciente de su misión, al hombre que sentía las torturas de su prójimo como si fuera su propia carne. No olvidaré jamás su forma peculiar ante un problema de esta índole y como una pincelada para estamparla, siento vibrar su voz vehemente cuando afanoso me buscaba para decirme, antes de dar su concepto de bacteriólogo ante un caso en que le solicitaba investigar bacilo diftérico: "Póngale suero a su enfermo", frase rotunda que pinta, al hombre humanitario, a aquella alma exquisita, a aquel corazón generoso, que todo lo posponía ante un problema de vida o muerte, o algo que significara suprimir un dolor o mitigar un sufrimiento.

Y lleguemos a su hogar, ennoblecido por todas las virtudes y en el cual compartía con su digna e inmejorable compañera, el cetro de todas las modalidades del afecto, la ternura infinita de la familia agrupada a la hora del descanso, ansiosa de enjugarle el sudor de la lucha diaria y de devolverle el vigor gastado en la dura brega. Allí, ante el fugo de ese nido de amor y de respeto, veía surgir en su mente cons-

tructora la concepción de las grandes realizaciones de su vida y brillaba esplendoroso el conjunto armonioso de la familia, base y sostén de nuestra sociedad. De ese ambiente de paz y de sosiego, de afecto entrañable, nacía su ánimo invencible para realizar sus empeños y sacar triunfantes sus ideales.

No todo lo ha destruído la aleve segadora que en tierras lejanas interrumpió el hilo luminoso de esta gran existencia. Paréceme que ella, que nunca vacila en su labor destructora de desolación e infortunio, sintió temor de realizar su obra en el seno mismo de esta sociedad que lo admiraba y quiso sustraerlo del ambiente, infundiendo en el ánimo del maestro fuerzas suficientes para emprender su viaje y poder ella, así, descargar a traición y en medio extraño su golpe fatal. Pero ni aún así logró toda la culminación de su propósito, porque el amor filial que nunca lo abandonó, recogió el aliento último de tan preclara existencia: amortajó con solícito cuidado su flaca naturaleza y en guardia permanente del más profundo sentimiento, nos devuelve a nosotros al maestro, que lo recibimos con acongojado sentimiento de dolor, entristecido el cielo de la patria, pero agradecidos de poder guardar con religioso respeto, con sincera admiración, lo que es tan nuestro.





DISCURSO DEL PROFESOR CARLOS TIRADO MACIAS

“En esta época de exaltación de la incapacidad que nos ha tocado vivir, Federico Lleras Acosta representaba la excepción confirmadora, encarnada en aquel solitario glorioso, por desgracia vigilado tan de cerca por la muerte que parecía como que ésta se gozara en hurtarle minuto a minuto elementos de vigor, a aquella complexión endeble que ya en los últimos años de su existencia daba la impresión del leño desmedrado por el azote de la tormenta, pero sobre el cual cintilaba el fanal indeficiente de su inteligencia, rebelde a la voz que lo llamaba con urgencias sombrías desde la tumba y orientada sólo por el eco doliente de las multitudes signadas por el mal tremendo que los hombres de todas las épocas reputaron como el castigo supremo de númenes vengadores.

No llegó Federico Lleras como un aparecido al estrado severo de la investigación científica. Tampoco lo colocó el acaso en el puesto de comando en donde rindió la vida. Una larga preparación universitaria que constituye el núcleo central de la grandeza futura de la inteligencia, aun cuando sostenga lo contrario el concepto peregrino de que la ignorancia o el diletantismo eufórico pueden servir de pasaporte para labor trascendental alguna, armonizó los contornos de la estatura intelectual y moral de ese hombre que rebasó los lindes de la patria, llevando a tierras lejanas el concepto rectificador de nuestro atraso; porque acostumbrado a investigar en el mundo de lo infinitamente pequeño, adiestró sus ojos en las lentes de aumento de sus aparatos, para aprender a explorar los horizontes ideales de lo infinitamente grande.

Hermosa la trayectoria que dejó en la vida la obra inmortal de Federico Lleras. Su primitivo laboratorio particular amparado por los muros tutelares del hogar que él, ejemplarizaba con sus virtudes, fue el primer auxiliar definitivo que tuvimos los médicos en ejercicio en la capital de la república. Desde allí comenzó su labor de difusión científica a medida que vigorizaba sus conocimientos en la meditación y en el estudio. Y no hay exageración en decir que desde aquellos tiempos, no hubo problema de higiene nacional, de patología tropical, de sanifi-

cación de aguas, de tratamiento de nuestras epizootias, en que él no interviniera definitivamente ora con el consejo, ora con sus iniciativas particulares que llevaban siempre el sello de una convicción integral, enraizada agresivamente en aquel espíritu de raza de combatientes.

No era cosa fácil discutir sus tesis. Las conclusiones a que él llegaba basadas siempre en la experimentación, quedaron afortunadamente consignadas en memorias, algunas de las cuales tendrán vida imperecedera en los anales de las academias y congresos a quienes iban dirigidas. Hay que releerlas para ver surgir de aquellas páginas vigorosas, la figura multiforme de aquel autor de originalidad pasmosa, encarado unas veces contra el principio de autoridad que repugnaba a su espíritu rebelde, sin miedo al qué dirán de la rivalidad o de la envidia y sin titubeos para colocar en el terreno movédizo de la controversia científica, los principios que le eran caros. Quien le saltaba a la palestra sabía que tenía que entenderse las no sólo con el hombre de ciencia sino con el polemista arriscado y ardiente que para rectificar sus errores, o para afirmar su verdad, no desconocía ninguno de los secretos del lenguaje escrito ni ignoraba ninguno de los recursos siempre viejos y siempre nuevos de la elocuencia humana.

Esas condiciones eximias tenían que llevarlo por derecho propio a la cátedra de bacteriología de nuestra Facultad Nacional de Medicina, porque preciso es confesar que fue allí donde nació entre nosotros el principio de que las cátedras se hicieron para los hombres y no los hombres para las cátedras. Vinculado a una clara estirpe de preceptores llegaba él hasta las inteligencias infantiles con la difícil facilidad que preconizaba Esopo. Inflexible en el cumplimiento del deber chocó mil veces con el estudiantado que lejos de guardarle rencor, se inclinó siempre con orgulloso respeto ante los triunfos exaltadores del rígido maestro que frente al ademán cordial, cambiaba sus reacciones súbitas por el gesto paternal de tenderle las manos, portadoras de aquel espíritu que recogía, a manera de un diapasón ideal todas las vibraciones ennobecedoras del sentimiento humano.

Los últimos años de su existencia los dedicó Federico Lleras a sus investigaciones trascendentales sobre la lepra. Me tocó contemplarlo muy de cerca en aquella labor agobiadora. Rodeado por las víctimas mutiladas por el flagelo inmisericorde y lento; con las manos mordidas por las bestezuelas del laboratorio hechas agresivas por la aguja atormentadora del experimentador; con la cerviz inclinada por la dolencia que le impedía levantar y sacudir la cabeza como en los tiempos moceriles, orgullosa con el hervor generoso de su pensamiento; magro y trajeado de blanco recorriendo las diversas dependencias de su laboratorio, daba la impresión del apóstol que vigilaba insomne el huerto de los olivos de los dolores de la patria!

Incansable en su empeño por despejar la incógnita secular, él no se

daba tregua ni reposo. Cierta es que su organismo se debilitaba ante la magnitud de la empresa, pero en cambio, su inteligencia se vigorizaba ante la complejidad del análisis que comportaba el problema. Y de esa pugna prodigiosa entre la fortaleza y la debilidad, surgieron conclusiones que no podían ser definitivas, como lo puntualiza en síntesis admirable nuestra Academia Nacional de Medicina, después del estudio razonado y frío que hizo de la memoria inmortal de Federico Lleras sobre bacteriología de la lepra.

Miguel Jiménez López, otro gran pensador que honra al país con sus conocimientos y con la alcurnia generosa de su inteligencia, en el elogio magistral de Lleras que pronunció ante la docta corporación en pleno, cimentó sobre bases incommovibles el valor científico de esos estudios que desgraciadamente quedaron trancos porque así lo dispuso un designio siniestro de la fatalidad.

Verdad es que a la obra de Federico Lleras, por lo trascendental y lo reciente, le faltaba el requisito indispensable de la discusión internacional. El congreso de leprólogos recientemente reunido en El Cairo le iba a proporcionar la oportunidad de someterse a aquella prueba decisiva. Y hacia allá se dirigía, estimulado por el fuego vital de sus convicciones, sin miedo de nadie ni de nada porque en eso estribaba la reciedumbre seductora de su personalidad.

“No le pido a la vida, solía decirme en la intimidad, sino que permita llegar hasta el congreso para verificar delante de sus miembros mi reacción, respaldada por una estadística que creo que no puede presentar experimentador alguno y para someter al control de ellos mis inoculaciones y mis cultivos. Si ellos me demuestran que estoy en el error, el derrotado será Federico Lleras; pero si estoy en la verdad, el honor será para la patria”. Yo pregunto, señores y señoras: ¿Se le podría exigir más a ese apóstol? ¿Se le podía pedir más a ese raro varón de selección, que tenía el valor de tener ideas en estos tiempos enanos que vivimos en que tantas nobles ideas se deforman, para esclavizarlas cobardemente al rumbo acomodaticio de los vientos?

Quien consumió su existencia en la busca denodada de un remedio para el mal irreparable, tenía que encontrar en el mundo interior de sus afectos el antídoto contra la crueldad con que lo asechaba la muerte. El viaje que tenía que emprender era largo y penoso y lejana la tierra cargada de leyendas sobre el mismo flagelo que azota nuestra raza. No podía llegar hasta ella su invalidez sino conducida por las manos que él mismo aleccionó con mimo paternal desde la cuna, para que le sirvieran de sostén en el tormento de la despedida suprema. Y cuando en una playa extranjera, comenzó a aquietarse para siempre aquel corazón que tanto había latido para la patria y para el dolor ajeno, esas manos empapadas en llanto, cayeron como flores milagrosas sobre sus ojos para irlos cerrando poco a poco a la vida terrena, con el nepen-

tes taumaturgo de la ternura filial. Ellas mismas nos lo devuelven hoy a la patria convertido en esos despojos inertes sobre los cuales vamos a arrojar, como homenaje supremo, un puñado de la tierra que fecundó para él sus mejores laureles y las mejores corolas de su primavera perpetua. Hasta la tumba que hoy se abre para recogerlos piadosamente, llegará siempre, como el eco de una oración sin palabras, rumores de sollozos que vienen de nuestras dos ciudades del dolor, habitadas por los hijos de Lázaro, que vienen del hogar que él dignificó con sus virtudes; que vienen de la patria entera herida en la mitad del alma, por el mandoble trágico que tronchó para siempre la mano valerosa que levantaba la antorcha de una esperanza; y que vienen del claustro de la Facultad Nacional de Medicina, en cuyo nombre habla en esta triste ocasión, la más insignificante de sus unidades científicas.

Señoras y señores, he dicho.



DISCURSO DEL DOCTOR ROBERTO CONCHA

Federico Lleras Acosta: qué gran nombre para llenar la historia de la bacteriología en Colombia, ciencia que tuvo infancia insegura y balbuciente, nimbada con el halo de lo mágico, rodeada por el temor ignorante de la superstición, repudiada en veces por sus fieles hermanas la química biológica y la clínica y, en fin, sacada de las redomas de la alquimia y llevada a su trono, en donde, como ante el ara de un templo, se consumió la vida de su apóstol; que esto y nada más fue Lleras, desde su inconfundible contextura física, que parecía pequeña para contener la inquietud de su espíritu, que así como desbordaba sus quereres sabía matar a flor de labio, con latigazos de ingenio la hiel que lo amargaba, hasta en su manera de erguirse por encima de los de abajo y de los de arriba cuando, a fuer de convencido, se superaba en sus amores y en sus odios.

Todo en él era ritmo: ritmo la lucha, ritmo el amor, ritmo el dolor y la pasión y ritmo el triunfo. Fue el yunque que aguantó cuando era yunque; martillo que golpeó si fue martillo.

Recordar su figura de los últimos años: parece que airada la naturaleza con quien luchaba por arrancarle sus más íntimos secretos, al no poder doblegar la altivez de su espíritu erguido, lo estilizó en su carne, sometiéndolo a la tortura de la mecánica rigidez de la ortopedia.

Y así se me antoja evocarlo ahora, en una paradójica plenitud de fuerza: en tensión como el arco que va a lanzar la flecha y en su esfuerzo se quiebra.

Los escultores griegos representaban al mensajero olímpico reflejando en sus rasgos el agotamiento del esfuerzo, cercano a la agonía; al transfigurarse en la sublimidad del triunfo, agitaba por encima de su cabeza el gajo de laurel; y así, este hombre, rendido pero triunfante, es un símbolo del trabajo humano, belleza suprema que no se logra sino con esfuerzo y, en suma, es signo y expresión de la voluntad, único medio para valorar la energía interior, llama que incendia y si destruye, crea.

A veces pueden calificarse como inescrutables designios de la Providencia los caprichos del destino: en playas de Marsella rindió la jor-

nada, apurando su copa de amargura, ya cerca de la gloria, un gran Mosquera; y en esas mismas playas, cerca también a la consagración de sus esfuerzos, muere Lleras.

Si en suerte tocó a Francia recibir el último aliento de esos dos grandes desaparecidos nuestros, la grande y noble Francia, la que asombró a la historia con un "De pie los muertos", tiene derecho a grabar en la austera serenidad de un sobrio monumento y en honor de Colombia estas palabras: "Aquí murió su santo. Aquí murió su sabio. Su Espíritu no ha muerto".

No has muerto, Federico: tu espíritu perdura; varones nobilísimos son orgullo de nuestro escudo y velan por tu alero. Se prolongan tu vida y tu obra en las del hijo y compañero que compartió contigo esa larga tarea de satisfacción y vigiliass para amasar el pan de cada día y humanizar la canción del Padrenuestro; en una noble trilogía de padre, hijo y hermano, reencarnarás en el heredero de tu nombre y de tu labor científica.

Y entretanto, cerramos esta tumba con un piadoso manto de silencio.

